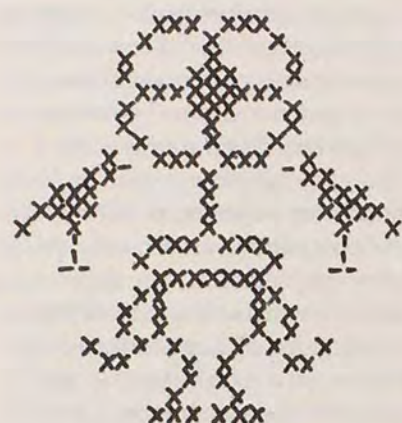


espacio público, los núcleos culturales, las estaciones de intercambio de transporte y el sistema ecológico principal.



Los proyectos estratégicos que buscan consolidar los ejes y nodos de la estructura urbana diseñada para el Centro Histórico de Bogotá, se plantean en el capítulo cuatro. La propuesta contempla tres grandes frentes: proyectos estratégicos de borde, proyectos estratégicos interiores y polos de espacio público. Los textos descriptivos de estos proyectos y las fotografías, planos y trazos que los soportan, nos permiten visualizar la perfecta integración del espacio público y el espacio urbano que propone Cortés Larreamendy.

En el capítulo cinco, el autor define los criterios y lineamientos que deben regir los trabajos de transformación de las calles del casco antiguo de la ciudad. Si se tiene en cuenta el carácter histórico y patrimonial, el tamaño y tipo de movilidad de las calles, éstas fueron clasificadas en cinco tipologías, lo cual permite establecer, para cada una de ellas, unos tratamientos especiales en lo que se refiere a materiales, manejo de andenes, calzadas vehiculares, manejo de aguas lluvias y localización de luminarias.

El mobiliario urbano representado en luminarias, canecas, bancas (individuales y colectivas), elementos para cicloparqueo, paneles de información, mogadores informativos y alcorques, son piezas que juegan un papel muy importante en la transformación del Centro Histórico

de Bogotá. La descripción de cada elemento, los materiales en que deben ser construidos, las especificaciones técnicas y su ubicación son el tema del capítulo seis, el cual da paso al planteamiento de proyectos especiales como el plan luz y el plan de señalización, información que encontramos de manera detallada en el capítulo siete.

La adecuación y tratamiento de la Calle 11 se plantea en el capítulo final del libro. En la estructura urbana propuesta para el casco antiguo de la ciudad, la Calle 11 es de vital importancia, pues junto con la Calle 10, constituye uno de los ejes estructurantes del sistema del espacio público diseñado para el Centro Histórico de Bogotá. Por su importancia patrimonial a nivel urbano y su trazado que conecta la ciudad con los cerros orientales, este proyecto fue escogido como modelo piloto para la implementación del Plan del Espacio Público para el sector histórico de la ciudad.



A lo largo de la Calle 11 (sentido occidente-oriente), se contemplan cuatro tramos: comercial, comercial-cultural, cultural y cultural-residencial. Esta clasificación determina la propuesta de composición general a partir de criterios específicos como son: accesibilidad, unidad de diseño, permanencia, legibilidad-composición y reinterpretación de la tradición; y los componentes de diseño a nivel de pisos, de perfil urbano, de cruces y de memoria poética, aspectos que en suma pretenden darle un sentido contemporáneo a esta calle,

representativa de la formación histórica de la ciudad a nivel urbano.

Vale la pena conocer de primera mano la propuesta de Fernando Cortés Larreamendy *Diseño del espacio público para el Centro Histórico de Bogotá D. C.* Como lo expresa Gabriel Pardo García-Peña, director general del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, “esta publicación tiene el propósito de presentar y divulgar el proyecto entre la ciudadanía y las entidades públicas y privadas que deben entrar a apoyar la realización de esta gran transformación...” (pág. 11).

Y así debe ser, porque Bogotá es de todos.

LETICIA RODRÍGUEZ
MENDOZA

Lo arrogante no quita lo valioso

Clock around the Rock.
Crónicas de un fan fatal

Sandro Romero Rey
Aguilar, Bogotá, 2008, 331 págs.

Lo primero que tengo que decir, para que quienes lean esta reseña la entiendan en toda su dimensión, es que la relación que establecí con las crónicas de Sandro Romero sobre los conciertos de *rock* a los que éste ha asistido fue profundamente emocional. ¿Qué quiere decir esto? Que los recuentos de las experiencias de Sandro con los ídolos del *rock* suscitaron en mí sentimientos de muchas índoles, en unos casos para nada nobles. Por ejemplo, en algunos momentos me asaltó la verde envidia porque Sandro tuvo algo que yo no pude (o no he podido) tener: ver a los Stones en vivo y no tener que conformarse con *Gimme Shelter* y *Shine a Light*, las dos excelentes películas de los Rolling (como decíamos en Medellín) que han llegado a Colombia, la primera exhibida en cines con regular sonido en

los años setenta, y la segunda vista en un cine club porque Cine Colombia, a pesar de haberlo anunciado en teatros como Granahorrar, por una razón que no conozco porque no se explicó, nunca exhibió la película. En otros momentos me dio rabia con Sandro porque metió en sus textos unas frases de mal gusto, especies de juegos de palabras localistas, que en lugar de enriquecer su prosa, bastante fluida por cierto, arruinaron pasajes que de otra forma hubieran sido muy bien logrados. Y también me dio rabia porque Sandro Romero, señores y señoras, es de una arrogancia que, desde luego, pone a los lectores a dos mil años luz de lejanía y los obliga a preguntarse para qué hizo Sandro este libro: ¿Realmente fue para divertirnos, como podría haberlo sido, o para “hacernos fieros” con todas las dichas a las que él ha tenido acceso y que al resto de los colombianos, tan amantes como él de la música más auténtica del mundo, como creo que es el *rock*, nos han sido negadas? Verdaderamente, y por culpa de Sandro Romero, me sucedió algo que no me sucedía desde mi adolescencia: desdije de haber nacido en Colombia y me vi obligada a hacerle eco a la preguntita malintencionada que el autor soltó como quien no quiere la cosa: ¿Quién lo mandó a uno a nacer veinte años más tarde y en donde no tocaba?

Ahora, dejando de lado las emociones negativas y los arranques de adolescente descontenta, y centrándome, más bien, en la maravilla que el *rock* y todos sus correlatos suscitan en mí, reconozco que las crónicas de Sandro Romero están bien escritas, ya lo dije, y logran que el lector (lectora para el caso) se conecte no sólo con los conciertos mismos, sino también con los sentimientos del autor cuando estuvo en ellos. En más de una ocasión, cuando a Sandro se le llenaron de lágrimas los ojos, viendo a Elton John, por decir algo, a mí me ocurrió lo mismo leyendo al autor. También experimenté la misma ansiedad que él en las colas para ver a Rod Stewart y, claro, lo mejor de todo, pude recom-

poner en mi cabeza los solos de guitarra de Eric Clapton que el autor describe.

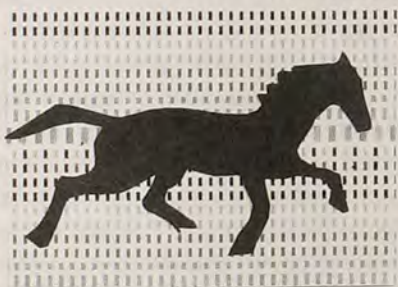
Sé, porque lo he hecho, que escribir sobre música no es nada fácil. Aunque la música y las palabras tienen muchas cosas en común, estas últimas nunca logran dar cuenta de las notas y las formas en que éstas se organizan para darnos esa alegría celestial o infernal que sí puede dar la música. En este sentido, agradezco que el reconocido guionista, director de cine, actor, escritor y productor de televisión caleño se haya lanzado a escribir esta colección de crónicas que si no lo logran totalmente, principalmente debido a la arrogancia que las caracteriza, al menos en buena parte transmiten la gran pasión del autor con la mejor música del mundo.



El recorrido musical que hacen las crónicas es amplio, al menos para estas latitudes, en las que al *rock* se le restringió la entrada durante tantos años en lo que a conciertos se refiere, ya que como todos los “fans fatales” lo sabemos, sólo hace muy pocos años se hacen conciertos de *rock* en Colombia o, por lo menos, conciertos de *rock* que incluyan figuras de reconocida trayectoria, como las que Sandro sí pudo ver y oír, mayoritariamente en Europa, y de los que sí disfrutaron, por ejemplo, nuestros vecinos venezolanos y peruanos, incluso en los ochenta. El misterio de por qué en Colombia no ha habido una historia de conciertos de *rock* de grandes figuras es algo

que nunca he podido develar... Sí, yo sé que Colombia es un país muy peligroso, pero no siempre lo fue del todo y no lo es menos ahora que lo que lo fue en los setenta y ochenta. Nuestro poder adquisitivo seguramente tampoco ha sido grande, pero igual no creo que el de los peruanos haya sido históricamente mucho mayor. Entonces me sigo preguntando por qué estuvimos condenados tanto tiempo a tener sólo noticias de los grandes conciertos conseguidas en revistas como *Rolling Stone* o *Creem*. Otros podrían aducir que es que en Colombia no había masa crítica, es decir, un buen número de roqueros que hubieran ido a los conciertos en ese entonces, pero tampoco creo que esto sea cierto. A los pocos conciertos que fui en este país, por ejemplo, al del gran percusionista de jazz Elvin Jones, al de Billy Preston en el Teatro Pablo Tobón Uribe en Medellín, al de Santana en Bogotá, para no hablar de Ancón (1971) y otros similares, estuvieron repletos de gente, de auténticos roqueros que claro que disfrutaban de la música... Entonces, tampoco me trago este cuento. En su libro, Sandro Romero también se lo pregunta, pero la pregunta queda colgando en el aire... ¡Ay!... Por un lado lamento haberme tenido que conformar con *Los diez mejores de la música*, el programa de Lina Botero por allá en los ochenta, en el que nos mostró a Pat Benatar y a Cyndi Lauper, a Bon Jovi y a The Cars, pero también sé que “algo es algo y peor es nada”, como dice el dicho y, claro, estaré eternamente agradecida con el Grillo y con Carolo porque, en contra de todas las adversidades y moralismos paisas, repaisas y recontrapaisas, hicieron que pudiera oír a Eric Burdon en la estación de radio que tenían en Medellín y cuyo nombre era La Voz de la Música. Por esta emisora, que se cogía en uno de los extremos del dial (por allá cerca al número 100), conocí el *rock* del que inmediatamente me enamoré a pesar de encontrarme apenas saliendo de mi más tierna infancia. Entonces, como con Sandro, toca decir ¡gracias amigos!

Clock around the Rock está compuesto por cerca de veinte crónicas de conciertos que cubren un diverso espectro que va desde Eric Clapton, pasando por Rod Stewart, Guns and Roses, Roger Waters, Bob Dylan, Lou Reed, etc., y termina con Gustavo Cerati en lo que a *rock* se refiere y si a Cerati se le puede considerar *rock*. El libro cierra con dos “colados” para los lectores amantes del *rock*, pero no para Sandro Romero, quien aclara plenamente su presencia en un libro que parodia el nombre de la canción que se cree fue el primer rocanrol en el mundo (*Rock around the Clock*). Me refiero a Richie Ray y Bobby Cruz a quienes Sandro les dedica la crónica más larga del libro si exceptuamos la de los Stones. Cuando llegué a esta crónica, debo confesarlo, no fui capaz de leerla. Quizá la lea en otro momento, pero cuando me enfrenté a ella, se me “saltó la piedra”, pues me pareció chocante de parte de Sandro que hubiera incluido a estos dos grandes músicos de salsa, a quien yo también admiro profundamente, en un libro sobre *rock*, sólo porque a él le gustan mucho. Para mí, fue un acorde disonante, pero, bueno, tal vez me las estoy dando de purista.



Como ya lo dije, las crónicas, aunque escritas por un “creído”, de eso no me cabe la menor duda, son valiosas. No son brillantes, también debo decirlo, nada que ver con los artículos de Lester Young o Patti Smith en Creem, pero “aguantan” como se dice en nuestros días para referirse a algo que aunque no produce éxtasis al menos gusta. Igual, las considero un aporte a la comprensión de lo que son los llamados consumos culturales y la relación de

nosotros los mestizos suramericanos con fenómenos culturales no autóctonos, pero no por eso menos apropiados en el universo de la globalización, un tema que de manera muy lúcida abordan Germán Muñoz y Martha Marín en su excelente libro *Secretos de mutantes*, que Sandro seguramente conoce y que si no conoce sería muy bueno que leyera.

Sí. No debemos avergonzarnos de haber nacido aquí y que nos guste lo de allá y Sandro lo demuestra con creces, por ejemplo, en el capítulo “Laudes” dedicado prioritariamente a los Stones. Sandro nos lo dice con sus palabras llenas de pasión por esta incomparable banda y mito actual: el *rock* fue y sigue siendo un lenguaje universal, una forma de pararse en el mundo que trasciende nacionalidades y localidades. El *rock*, como lo sabe Sandro Romero y lo exhibe en sus crónicas, es como Dios: está en todas partes y, si uno tiene fe, de todos se hace oír.

Además de recontarnos sus vivencias, Sandro Romero también hace algunos aportes clave para los rockófilos: en “La pantalla de piedra”, una de sus crónicas sobre los Stones, presenta una muy completa recopilación de las películas que se han hecho sobre esta inmortal banda y que como fuente bibliográfica nos evitan, con seguridad, dar algunas vueltas en la Internet. Esta recopilación, no faltaba más, viene enriquecida con las vitaminas y minerales en las que se convierten las apreciaciones del autor a quien por su recorrido en el mundo de las artes y las letras se le hace cierto caso y, sobre todo, porque es él quien las ha visto todas y uno no (otra vez vuelve a mi mente el comentario de “quién lo manda a haber nacido veinte años tarde y en el lugar equivocado”).

Para quienes esperan encontrar en los textos periodísticos de Sandro Romero algo más que sus experiencias, y bueno, la recopilación ya mencionada, el libro es insuficiente por decir lo menos. No cuenta ningún chisme que uno no se sepa, no agrega información que no se encuentre en Internet, no avanza un

ápice en nada que no sea “yo Sandro he visto y oído”. Pero, bueno, de eso se trata la crónica. Que las hay mejores, las hay, y esto lo digo porque sé que hay maneras magistrales de combinar la técnica periodística con la literatura y que los únicos que pudieron lograrlo no fueron Truman Capote y Norman Mailer, sino que también lo han logrado muchos otros (no exactamente Sandro Romero, aclaro).

Con todo y todo, le agradezco a Sandro sus crónicas, su pasión por la música que más me apasiona y, claro, lo digo con total firmeza: si usted es un roquero colombiano, un fan fatal, por nada del mundo deje de leer este libro, así a ratos Sandro lo haga reverdecir de envidia por lo que a usted le ha sido vedado o chasquear los dientes por la arrogancia con la que se lo hace a uno saber.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

Originales maquillados. Maquillando originales

La música para piano de Adolfo Mejía: versiones para cuarteto de cuerdas

Martha Enna Rodríguez Melo,
María del Pilar Azula Cajal,
Fernando León Rengifo
Cuarteto de Cuerdas Colombiano
Incluye partituras (104 págs.) + 52
hojas sueltas, CD (32 minutos)
Universidad de los Andes, Facultad de
Artes y Humanidades, Departamento
de Música, Bogotá, 2007.

De acuerdo con la compositora y pianista colombiana Claudia Calderón, “[...] el análisis musical, no es sólo un proceso científico de disección y verificación de mecanismos, sino también un proceso asociativo e imaginativo en donde se pueden desarrollar o hasta descubrir nuevas maneras de ver las cosas”¹. Calderón se refiere así a sus investigacio-